

VICEVERSA

Un cuento de Carlos Virgilio Zurita

Ella no quería ir al cine sola

Esa mañana se despierta temprano y lo primero que hace es encender la radio para escuchar las noticias. La radio la acompaña.

Va a buscar el diario que ya le dejaron por debajo de la puerta, y lo lee mientras toma un café. Apenas observa los titulares de las primeras páginas, pero se detiene en los programas de televisión por cable y en las ofertas de los supermercados. Se acerca al balcón para tener más luz y estudia los avisos clasificados. A veces se encuentran cosas interesantes, especialmente en materia de muebles antiguos. Luego mira las notas sociales y los avisos fúnebres, que en el diario que ella compra siempre son cuantiosos y llenos de información.

Sale hacia el balcón, apoya las manos sobre la baranda, enciende un cigarrillo, no mira hacia ningún lado en especial, sino hacia lo lejos, y se pone a pensar en el tiempo, en el paso de los años. Un rato queda así, hasta que de pronto recuerda que es sábado, y decide prepararse para salir, porque es el día en que le gusta dar una vuelta por el centro en la mañana.

Se ducha, se lava el pelo, y se demora un tiempo tiñéndose unas canas que le han aparecido en las raíces. Luego se pinta la boca y entra a su pieza. Duda unos instantes, entrecerrando los ojos, sobre qué ropa va a ponerse. Abre el ropero, echa una mirada, y elige una pollera beige y el conjunto de blusa y chaqueta negra que Mimita le había traído de Italia. Se observa de frente y de costado en el espejo del ropero. Sin decidirse del todo entra al baño y se vuelve a mirar. Se coloca de frente, pero también se mira en el espejo de atrás, y luego mueve la cabeza, mirándose de soslayo, casi al acaso, como si la viera otra persona. “Nada que ver, demasiado elegante para un sábado en la mañana”, piensa. Vuelve a la pieza, se quita la blusa y la chaqueta, y se pone una remera de un tenue color celeste, un celeste pastel. Ese color le queda bien, combina con su pe-

lo y con sus ojos. De eso está segura.

Pero nuevas vacilaciones la asedian cuando tiene que elegir los zapatos y la cartera. Las mujeres eran así, y los hombres se indignaban: lo sabe por ella misma y por sus amigas.

Cuando finalmente está lista baja las escaleras y sale a la calle. Mira hacia el lado del Parque Aguirre, y a lo lejos divisa la arboleda de eucaliptus. Siempre miraba hacia allí, como una manera de comprobar que ese lugar sigue existiendo. Camina hacia el centro.

Llega a la plaza Libertad, y cuando pasa frente al Jockey Club a través de los cristales, agitando las manos, unas mujeres la saludan. Sigue caminando unas cuadras y entra al Mercado Armonía. Un edificio de dos niveles que ocupa toda la manzana. En el piso de abajo —ella nunca subía al superior porque le parecía un poco deprimente— hay puestos de verduras, carnes y pescados, y lugares donde se puede comer. En una época jamás se le hubiera ocurrido pensar que era un sitio interesante. Para nada. Sólo era el lugar al que su madre enviaba a las domésticas a hacer las compras del día. Pero Aldo le hizo ver las cosas de otro modo. A él le gustaba el Mercado.

(...) Tarda un tiempo, es casi una costumbre, en encontrar las llaves en su colmada cartera. Ascende por la escalera los dieciocho peldaños de mármol que los tiene contados desde niña, y abre la puerta. (...) Corre las cortinas de todas las ventanas para mantener fresco el ambiente. En el aparato de música pone un bolero.

En una copa verde se sirve vino blanco. Cuando termina de comer, se tiende en el sofá del living y se pone a leer. En algún momento comienza a dormitar.

La despierta el teléfono. —Hola, loca, soy Mercedes. Te llamo para decirte que no voy a poder ir esta noche al cine con ustedes —dice una voz cálida y atropellada.

—¿Por? —pregunta ella.

—Lo que pasa es que llegó Pablito de Buenos Aires y tenemos mucho que hablar, vos sabes como son los hijos. Vino con su esposa y con el niño. En la noche vamos a comer aquí. Si vos quieres, te vienes.

—No te preocupes, yo le aviso a Mimi. Gozá con tu familia. Chaucito.

Cuelga el teléfono y sonríe, como siempre que piensa en Mercedes. Qué mujer, siempre llena de cosas. Una de sus dos amigas eternas, la otra era Mimita. Con ellas hizo toda la escuela juntas, primero el colegio secundario y después el profesorado de Matemáticas.

Un largo rato permanece pensando en sus amigas con el teléfono apoyado en su pecho, luego estira la mano, coloca el aparato en su lugar, se despereza con un suspiro y se sienta.

Se mira las uñas de una mano, luego de la otra, atentamente. Era una manera de dejar que sus pensamientos divagaran. Pero luego recuerda que tiene algo para lavar.

Vuelve al living y se instala en su sillón. No sabe bien lo que quiere hacer. Durante un rato continúa leyendo una revista, y luego toma el control remoto y enciende el televisor. Pasa de un canal a otro hasta que se detiene.

Cuando termina la película la tiene los ojos empañados. Eso siempre le pasaba, ante el televisor o ante un libro, tanto la pena como la alegría le humedecían la mirada.

Ya comienza a oscurecer. Enciende el velador que está sobre el armario, y luego la lámpara de pie con luz halógena que gradúa para que ilumine a medias.

Toma el teléfono y llama a Mimita.

—Hola Mi, ¿qué tal? Te aviso que me llamó la Mecha y me dijo que no iba a poder salir porque le llegó Pablito. ¿A qué hora nos encontramos?

—Ay, mirá, matáme, pero yo tampoco puedo. Te lo cuento a vos, nomás. Discutimos como locos toda la tarde con Cacho. La pelea comenzó en el almuerzo, él como siempre tomó un poco de más, se enojó no sé por qué y se puso a gritar como un desaforado. Discutimos delante de los chicos. Después del ataque de furia él como siempre se arrepintió y me pidió que esta noche fuéramos los dos solos a comer por ahí. Como dos novios. Vos sabes como son esas cosas.

—Está bien, no te preocupes, me quedaré viendo la tele, dan películas buenas. Pero, escucháme, no dejes que Cacho te lleve por delante, sino nunca se corregirá. No le cuentes que te dije esto.

—Sí, tienes razón, soy una tonta. Pero en fin... Hay que aguantar por los chicos. Chau, querida.

—Chau, y que la pasen bien.

Queda un largo rato pensando. (...) No estaba apenada de pasar la noche sola, pero se había hecho a la idea de que iría al cine con sus amigas y que después charlarían en una confitería. En fin, se dice, son cambios de planes. Se dan siempre.

(...) Está indecisa entre ver otra película o leer un libro. Pero de pronto se acuerda de las fotos. Eso es lo que iba a hacer: mirar fotos. Apaga las luces, y sólo deja encendida la lámpara junto al sofá. Pone los álbumes sobre la mesa baja de madera. Saca de su cartera un medallón de chocolate con menta y comienza a mordisquearlo.

Algunas veces hizo intentos de acomodar las fotografías, pero siempre estaban un poco desordenadas. Hay un carpetón que fue de su madre: fotos color sepia, con retratos de los abuelos y de sus padres cuando eran niños. También fotos de ella y de sus hermanos, en fiestas de cumpleaños y de cuando tomaron la primera comunión.

Sin darse cuenta, se le empañan los ojos cuando lo ve al Lobo, su perro adorado que vivió toda su vida con ellos. Era uno más de la familia, y siempre dormía de noche a los pies de su cama.

Ya iba a hacer otra cosa, cuando recuerda que tenía una foto de Aldo: está con ropa de conscripto junto a dos compañeros del servicio militar. Era de la época en que salían juntos. Piensa en Aldo y también piensa en su vida.

Tuvo otros novios, pero Aldo fue algo especial. Sólo salieron unos meses, pero él se le quedó grabado.

Lo que recordaba de él era que a veces escribía poemas y andaba todo el día diciendo que era anarquista. Después fue a Buenos Aires a estudiar, y ya no se vieron. Al cabo de unos años volvió y se casó con una chica que se llamaba Tita. Pasó el tiempo, y supo que una vez fue al río con sus hijos a pescar y se lanzó a nadar en las aguas que estaban crecidas y se ahogó.

Para qué recordar cosas pasadas, se dice. “Oh, está bien, cambiemos de página”. ¿Porqué no ir al cine de todos modos? Se sentiría bien decidiéndose a salir. Pero por un momento se imagina a sí misma, una mujer madura —piensa—, sentada sola en el cine, y le preocupa la pena que podría sentir alguna gente viéndola sola. Quizás alguien la invitaría a acompañarle, tal vez alguna pareja de



gente conocida. Ella no quería eso, pero así era la ciudad. Lo mismo pasaría si iba a comer a un restaurante. Las mujeres no podían andar solas.

Por eso es mejor quedarse en la casa. Deja las fotos y se aproxima a la biblioteca. Se inclina hacia los estantes buscando algo para leer y debe torcer la cabeza para ver los títulos. Retrocede un poco, y de una ojeada observa el conjunto. También reconoce los volúmenes por el color. Toma un libro, lo hojea rápidamente y lo vuelve a poner en su lugar.

(...) Fue una sensación extraña. De pronto, como un resplandor que viniera desde la memoria, atravesando toda su vida, aparece en su mente una idea. Al principio la turba, y cuando se da cuenta de lo que puede significar siente una profunda inquietud, porque esa idea no tiene nada que ver con ella, con lo que cree que ella es.

Comienza a llover. Se acerca al balcón a ver las luces de la ciudad bajo el agua. Se queda mirando caer la lluvia.

(...) Se saca los zapatos, y cruza los brazos sobre el pecho, apretándose, como protegiéndose de algo. Cierra los ojos y quiere poner la mente en blanco, dejar de pensar en locuras. Recuerda que el lunes comienza una semana de exámenes en el Profesorado. Piensa en sus sobrinos, en cada uno de ellos, pero especialmente en Luzmi, su preferida. Por un momento alienta la posibilidad de llamarla por

teléfono, pero se contiene.

Siempre tenía impulsos, pero desde hace un tiempo que ya no los obedece. O en realidad siempre fue así. No estaba segura si se conocía a sí misma verdaderamente. A veces pensaba que sí, a veces pensaba que no. ¿Pero cuánta gente se conocía realmente?

Pasa largo rato ¿serían horas? con los ojos cerrados pensando en estas cosas. De vez en cuando le vienen imágenes de distintas etapas de su vida, especialmente de su infancia, de su adolescencia. De tiempos de los que tiene los recuerdos más firmes, porque después las cosas pasaron sin que se diera demasiada cuenta.

Y una idea regresaba por momentos. Algo que la inquietaba, pero que también le entregaba algo así como una solución a su vida. Una clave.

Entra en el baño. No ha ido a mirarse, pero se asoma al espejo, y contempla sus cejas, su boca, su cuello. Un rostro conocido y enigmático, piensa. Se acomoda el pelo y se mira lentamente. Luego observa en un costado del espejo el reflejo del living donde ahora no hay nadie, aunque siente el rumor de la lluvia y el movimiento de las cortinas agitadas por el viento.

Después, primero se agacha y luego se arrodilla para examinar los cajones del pequeño mueble donde guarda los perfumes, los cosméticos y los remedios. Abre una caja y mira cuántas pastillas quedan: no sabe si ponerse triste o contenta.

NOTA de la REDACCIÓN:

La extensión de este cuento hace imposible publicarlo en su totalidad. Fue tomado de la obra “VIDAS AJENAS”, Edunse, 2025, autorizado por el autor. Al respecto dice Zurita: “Este libro como entidad, como producto, se lo debo plenamente a Pablo De Santis. Cuando me atreví a enviarle un puñado de relatos, los leyó y me dijo que debía reunirlos en un volumen y publicarlos. Yo tenía dudas; él las disipó.

Va a ser, sin duda, mi publicación postrera, pero gracias a Edunse no será póstuma”.

